

EL OSTRACISMO DE SAN MARTÍN*

Patricia S. Pasquali

Será preciso que comencemos analizando el renunciamiento de San Martín y su situación en los dos años previos a su partida a Europa para comprender la razón de su ostracismo. Después veremos por qué ese extrañamiento voluntario, que él hubiera querido provisorio, se tornó definitivo.

En Perú, San Martín no había querido ser artífice de un castigo ejemplificador en los mandos soliviantados del Ejército, ni tampoco implantar un régimen dictatorial a fin de cortar la anarquía en ascenso, provocada por las agitaciones del Partido Republicano y por la exacerbación del sentimiento peruanista, que recelaba de la alianza con Bolívar, amenazando hacer peligrar el proyecto continentalista de ambos libertadores.

Más allá de la cuestión específicamente militar y de la previsión por parte de San Martín de un afán exclusivista de gloria en Bolívar –que anunciaba un seguro conflicto entre ambos–, el natural rechazo a ejercer un poder tan fuerte como necesario coadyuvó en grado sumo al alejamiento del Protector. La resistencia a desempeñar un mando sin sujeción a formas era una constante en él. Pero esa postura “legalista” no parecía ser la más indicada en esos momentos.

Así, pues, la ambición bolivariana se le presentaba a San Martín con un cariz ambivalente: si por un lado terminaba de imponerle la propia exclusión, por otro, la posición más ventajosa del venezolano y sobre todo su resolución de arrollar los obstáculos sin reparar en los medios, parecían garantizar mejor el desenlace exitoso de la causa emancipadora.

Aunque pareciera paradójico, San Martín dejaba inconclusa su obra para no hacerla peligrar. Lo que para los demás fue una retirada prematura e incomprensible. Para él fue la actitud que exigía la exacta ponderación de los factores en juego.

Aquella presurosa salida de la escena limeña dio lugar por entonces a las más severas críticas de sus amigos y atizó la saña de sus enemigos, que se solazaron en presentarla como una huida en derrota. La calumnia melló por entonces con más fuerza que nunca su reputación. En esa hora, San Martín fue para muchos –al decir de Rojas– un ambicioso en desgracia, un militar flojo y un gobernador ladrón (la campaña difamatoria que lo presentaba trayendo cuantiosos caudales sustraídos al Estado peruano, halló eco no sólo en Cochrane y el partido carrerista chileno, sino también entre los mismos oficiales del ejército de los Andes que se retiraron descontentos del Perú, Lavalle entre ellos).

* Conferencia pronunciada por la profesora Patricia Pasquali el 25 de marzo de 1993, en el acto de su incorporación pública a la Academia Sanmartiniana como miembro correspondiente en la provincia de Santa Fe. El discurso de recepción estuvo a cargo del miembro de número doctor Miguel Ángel De Marco.

San Martín –por su parte– se encerró en un estricto mutismo, convencido de que las acusaciones e ingratitudes formaban parte de las reglas del juego, pero no pudo evitar quedar fuertemente resentido con tanta maledicencia.

En Chile cedieron todas sus defensas orgánicas: el agobio psíquico y moral causado por el abrumador peso de la decisión tomada hizo eclosión somática. El reumatismo y los vómitos de sangre se manifestaron de la forma más aguda, complicándose con una intensa fiebre tifoidea. Ese cuadro se prolongó por dos interminables meses en los que se temió por su vida. No es casual que por entonces testara nombrando albacea a O’Higgins.

Sin embargo, su enfermedad (recordemos que su principal patología era la úlcera a la que se sumaba el asma, el reumatismo y otras alteraciones nerviosas) hizo una nueva remisión y tras una estada en los valles de Cauquenes logró recuperarse. En Santiago, se ocupó de obtener del gobierno nuevos auxilios para la campaña a puertos intermedios.

Apenas los pasos de la cordillera se hicieron practicables, marchó a Mendoza. La fatiga que le produjo la travesía por la cordillera no aminoró su prisa: “*Bueno será que bajemos de esta eminencia desde en otro tiempo me contempló América*” –le dijo a su leal coronel Olazábal, que lo esperaba en la cumbre–, palabras que resultaban altamente simbólicas: su espíritu tenía prisa por descender al llano.

Se hospedó provisoriamente en casa de doña Josefa Ruiz Huidobro y ya en febrero de 1823 manifestó su intención de seguir viaje a Buenos Aires. Sin embargo, una vez instalado en su chacra de Los Barriales desistió de ello. Y, a pesar del angustioso llamado de su esposa enferma, demoró casi un año su partida. Ello tuvo en parte que ver con el seguimiento de los sucesos militares.

Al saber el fracaso de la expedición de Alvarado y el peligro que dejaba abierto Moquegua, San Martín se sintió tocado en su responsabilidad de *Fundador de la libertad de Perú* y se entregó entonces a la tarea de cooperar a la reorganización del ejército, activando desde Mendoza la preparación de la división argentina que al mando de Urdinenea debía actuar en combinación por la frontera de Salta. Incluso, superando la justificada desconfianza que le inspiraba el nuevo mandatario peruano –su antiguo enemigo José de la Riva Agüero–, le escribió ofreciéndole sus servicios.

Por otro lado, su persistente voluntad de mantenerse alejado de aquel “*semillero de finas intrigas*” que era Buenos Aires, tenía por objeto desvanecer los rumores maliciosos que lo acusaban de tener intenciones de entronizarse en el gobierno porteño. En verdad, hasta su retiro mendocino le habían llegado numerosas proposiciones de ponerse al frente de una reacción. Tales movimientos alertaron al sector oficial. El ministro Rivadavia –que no podía olvidar la jornada del 6 de octubre de 1812– era un civilista a ultranza que recelaba de aquel general que, en el pináculo de su gloria, tomaba la desconcertante decisión de retirarse. Sus declaraciones de sólo aspirar el sosiego de la vida privada no resultaban fácilmente creíbles. ¿Cómo no albergar la sospecha de que existiera alguna otra oculta intención en su proceder? Acaso la de trabajar en el derrocamiento de un gobierno que hacía pocos días le había negado los recursos necesarios para la conclusión de su campaña (aludimos con esto al fracaso de la misión de Gutiérrez de la Fuente). El Centinela comenzó a hostilizarlo: denunció que “*un brazo*

fuerte militar movía los pueblos al desorden”, que el objetivo del general era hacer una revolución para escalar el poder y constituir una federación militar de provincias.

Además de esta *“guerra de pluma”* que se le hizo, su correspondencia *“abierta con grosería”* sufrió *“una revista inquisitorial la más completa”*, y se lo cercó de espías. Hasta se apostaron partidas en el camino para prenderlo, cuando en el mes de mayo proyectó viajar a Buenos Aires, debiendo desistir de ello.

El 3 de agosto moría Remedios. Conociendo que debía asumir en plenitud su deber de padre, se dispuso a partir inmediatamente. Lo detuvo esta vez el consejo sensato de Guido que le previno de que ello aumentaría la inquina de su familia política.

En octubre, el gobernador santafesino Estanislao López le avisó que tenía noticias de que a su llegada a la Capital sería mandado juzgar por un Consejo de Guerra a raíz de su antigua desobediencia a las órdenes del Directorio. El caudillo le decía que a su sólo aviso estaría *“con la provincia en masa”* esperándolo para *“llevarlo en triunfo a la plaza de la Victoria”*.

Se reeditaba, pues, en la Argentina –con connotaciones más escandalosas y denigrantes– el denso clima que lo había alejado del Perú. A las mismas causas correspondieron iguales efectos. San Martín comprendió que tampoco aquí podía permanecer: *“Había figurado demasiado en la revolución para que me dejaran vivir en paz”*, afirmó. Esa certidumbre fue la que lo decidió a pasar a Europa.

No obstante, su partida no se consumó hasta que se produjo la entrada de Bolívar en el Perú. San Martín confiaba en la drasticidad del venezolano: *“El solo puede cortar los males, pero con un brazo hachero porque si contemporiza todo se lo llevará el diablo”*.

Llegó a la indiferente Buenos Aires el 4 de diciembre de 1823. Mantuvo pocas entrevistas. La recepción fue fría y silenciosa. La estada, casi imperceptible. La única causa que lo retuvo casi un mes fue el arreglo de algunas cuestiones pecuniarias. En efecto, no sólo debió rescatar a la pequeña Mercedes de los cuidados sobreprotectores de su abuela y afrontar el disgusto de aquella familia, sino también tomar posesión de la herencia que le había correspondido a Remedios por el fallecimiento de su padre.

Apenas aprobada la tasación y distribución de bienes, se embarcaron rumbo a Europa el 10 de febrero de 1824. San Martín llevaba a costas la fatiga de doce años de revolución, pero tenía el convencimiento de que ya la independencia de América era irrevocable.

Apenas arribados, hicieron una gira por Gran Bretaña, donde el general fue cálidamente agasajado por lord Fife (aquel a cuyas gestiones había debido la salida de Cádiz en 1811), quien le abrió las puertas de la alta sociedad inglesa y lo hizo promover a la calidad de ciudadano honorario del Condado de Banff.

Pero no todos fueron paseos y homenajes. La presencia de Carlos de Alvear en Londres determinó la prosecución de la campaña de intrigas: se acusó entonces a San Martín de conspirar con el general Mexicano Agustín de Iturbide para imponer el sistema monárquico en

América. Asimismo, cuando el Libertador estudió en conjunto con amigos británicos y americanos las posibilidades de comprar en Estocolmo dos buques de guerra para los patriotas peruanos, circularon noticias tergiversadas que le atribuían la intención de trasladarse en aquellas fragatas al Pacífico para interferir en los planes bolivarianos.

Todo ello terminó de persuadir a San Martín de que no podría realizar ningún movimiento sin que se lo interpretase mal. Creció en él la tendencia a la misantropía y buscó recluirse en algún lugar fijo de residencia. En septiembre de 1824 cruzó el canal de la Mancha para establecer su morada en Bruselas. Dos razones motivaron esa elección: lo barato de aquel lugar y la libertad que se disfrutaba en él. Más tarde se le reunieron su hermano Justo Rufino y Mercedes.

Encerrado en su casa de campo y entregado al cultivo de su jardín, a la carpintería, a la limpieza de sus armas y a la lectura, logró el Libertador reencontrarse con la tranquilidad. Se sintió cómodo entre aquella gente laboriosa y discreta que no emitía comentarios sobre el reservado señor americano que tanta correspondencia recibía y de tan diversos lugares: *“Paso por un verdadero cuáquero –decía el general–. No veo ni trato a persona viviente, porque de resultados de la revolución he tomado un tedio a los hombres que ya toca en ridículo”*.

Sin embargo, no pudo sustraerse a un significativo testimonio de reconocimiento público: el homenaje de la logia masónica *La Perfecta Amistad* que encargó el grabado de una medalla al artista Jean Henri Simon, una de las piezas más notables de la numismática sanmartiniana.

Pero a pesar de la distancia o acaso por ella misma, América continuaba siendo un tormento perpetuo para el general. Escribió largas cartas sobre el futuro político de las nuevas naciones. Su situación lo contristaba, pero no lo sorprendía: él siempre había dicho que *“nuestra gran crisis se experimentaría al concluirse la guerra de la independencia”*, por el atraso de la población, la falta de leyes adecuadas y las pasiones individuales y locales desatadas por la revolución.

Se adelantaba al planteo de la Generación del 37 cuando afirmaba que una vez conquistada la independencia era menester conseguir la libertad, para lo cual no bastaba el orgullo nacional como en el primer caso, sino que se necesitaban ciudadanos conscientes de los deberes y derechos inherentes al sistema republicano. Por eso, aunque él prefiriera ese tipo de gobierno, consideraba que *“no era realizable en América, sino pasando por el alambique de una espantosa anarquía. Y esto sería lo de menos –explicaba– si se consiguen los resultados, pero la experiencia de los siglos nos ha demostrado que sus consecuencias son tiranía de un déspota”*. Su penetrante mirada le hacía profetizar, pues, el derrotero político que seguirían los países emancipados en el período postbélico con sus resabios militaristas y caudillescos.

La guerra con el Brasil fue un tema que cobró primacía en el epistolario sanmartiniano correspondiente a esos primeros años de ostracismo. Sus conceptos acerca del desarrollo bélico asombran por la precisión con que se adelantaron a los hechos. Desde el principio de la contienda se mostró cauteloso y, aun después de conocer las victorias terrestres y navales argentinas, se mantuvo exento de todo arrebatado triunfalista, porque no les asignó carácter decisivo. Sus críticas a Rivadavia, Alvear y Manuel José García completaban un cuadro de situación bastante negativo.

Por entonces, Tomás Guido instaba al general para que regresase y se hiciera cargo de la guerra contra el Imperio. Y en efecto, San Martín ya había tomado la decisión de volver, pero no precisamente para dirigir la guerra. En verdad, sólo esperaba el fin de la misma, y el consiguiente levantamiento del bloqueo, para embarcarse rumbo a Buenos Aires.

Lo que lo preocupaba sobremanera era la deficiente administración de sus bienes.

En Buenos Aires contaba con la casa heredada por Remedios, ubicada en San Martín y Tte. Gral. Perón –ex Cangallo–, que estaba alquilada; ya que la casa que le fue obsequiada por el Directorio y el Congreso en 1819, sobre la plaza de la Victoria, en la esquina de Rivadavia y Bolívar, la había vendido en 1825 a Miguel Riglos. En Mendoza, contaba con la ya mencionada chacra de Los Barriales y con dos terrenos contiguos en la Alameda. En Perú tenía la casa de Jesús María, en Lima, y la hacienda de La Magdalena. Además, era titular de un crédito hipotecario de \$30.000 sobre la estancia El Rincón de López, que sería levantado en 1833 cuando fue comprada por Gervasio Ortiz de Rozas, según lo establecieron las investigaciones del escribano Carbone.

Si bien la renta que debían producirle estas propiedades podía equipararse al sueldo más alto de la administración francesa –a juzgar por los cálculos de Labougle–, lo real era que hacia fines de 1827 la situación financiera de San Martín era bastante crítica.

Había estado más de un año sin tener noticias de sus apoderados y administradores, que se mostraban remisos a seguir sus indicaciones. La inversión de 21.000 pesos en Londres en títulos del empréstito del Perú, le produjo un fuerte quebranto al suspender ese país el pago de sus dividendos, debiendo San Martín deshacerse de sus bonos a una suma irrisoria para poder subsistir. Por otro lado, la renta de la casa de Buenos Aires se había vuelto casi nominal, porque con el aumento de la circulación del papel moneda y la guerra, el cambio sobre Londres bajó abruptamente. Por último, tampoco le llegaban las remesas de su pensión del Perú.

Todo ello lo había obligado a abandonar su casa de campo y a instalarse en una residencia de dos pisos en la ciudad, compartida con otra familia.

Se explica así que apenas enterado de la finalización de la contienda con el Brasil, se apresurase a zarpar rumbo al Plata, luego de un lustro de ausencia, oculto tras el nombre de José Matorras y acompañado por su fiel criado Eusebio Soto.

Lo esperaban noticias aciagas que terminarían frustrando su retorno. En Río de Janeiro se enteró del motín de Lavalle y ya en Montevideo, del fusilamiento de Dorrego. Comprendiendo que su presencia agregaría un factor más de perturbación, decidió que lo mejor era no llegar a destino. Pero no hizo a tiempo a desembarcar en la capital oriental y el 6 de febrero se encontró frente a Buenos Aires. La tentación de pisar ese suelo entrañable no logró doblegar su voluntad. Dando las explicaciones del caso pidió su pasaporte al ministro Díaz Vélez. Decía: *“No perteneciendo ni debiendo pertenecer a ninguno de los dos partidos en cuestión, he resuelto para conseguir este objeto pasar a Montevideo”*.

Era de suponer la actitud desconfiada y reticente que el sector decembrista asumiría ante su llegada. José María Paz, preocupado, le escribía a Lavalle: *“calcule usted las consecuencias de una aparición tan repentina. Es probable que la oposición desahuciada, desesperada por falta de un conductor que la guíe se fije en este hombre y le haga propuestas seductoras”*. Esta marcada prevención no tardó en manifestarse abiertamente a través de la prensa oficialista. El periódico El Tiempo, de Gallardo y los Varela, le advertía al general que en el país no había *“hombres precisos”*. Más tarde publicaba una carta suscripta por *Unos Argentinos* que criticaban acerbamente la actitud del Libertador y en tono de reproche sentenciaban: *“que a ningún hombre por grande que sea su mérito le es permitido divorciarse con la Patria y mucho menos si con pretensión orgullosa pretende tener toda la razón de su parte”*. Las reflexiones y actitudes del sector encaramado en el poder revelaban que se sentía tácitamente cuestionado por San Martín. Era evidente que consideraban su decisión de no desembarcar como un gesto censor del vuelco político consumado.

Mientras Buenos Aires seguía mostrándose tan hosca con el Libertador, la otra orilla del Plata le abría cordialmente sus puertas. A los honores oficiales y la hospitalidad de los particulares, se sumó también el respetuoso tratamiento que le ofreció la prensa. Allí San Martín acompañó, con su presencia en la barra, los debates precursores de la sanción de la Constitución del nuevo Estado Oriental. Se organizaron demostraciones militares y fiestas de sociedad para agasajarlo y no hubo personajes de renombre que no se entrevistase con él.

En cuanto al objetivo más acuciante que lo había llevado al Plata, esto es, poner en orden la administración de sus bienes, capitalizando la experiencia precedente y los apuros que una delegación incierta le había ocasionado, pensó en su entrañable amigo Goyo Gómez como la persona indicada para concederle el poder general de sus posesiones, pasando dicho poder en caso de fallecimiento o inhabilitación, a manos de Vicente López y Planes. En cuanto a sus intereses en Chile y Perú, encargó a O'Higgins la tramitación de los reclamos pertinentes.

También durante esta breve estada, San Martín se ocupó de rescatar su documentación, llevándosela consigo a Europa. Se trataba –según su propio testimonio– de *“colecciones completas de todos los papeles publicados y panfletos publicados desde el 1810 hasta fines de 1822, en el Perú, Chile y Bs. As.”*

Vemos entonces que si aquel viaje había resultado infructuoso en orden a su proyecto de afincarse definitivamente en América, no lo fue del todo en lo referido a la ordenación de sus pertenencias.

Tratando de retenerlo, su amigo Tomás Guido aguzaba la incisividad de sus argumentos: *“¿Es usted independiente de la censura del mundo a que daría lugar volviendo a abandonar su patria porque la ve en conflictos?”*. Su antiguo colaborador no era el único empeñado en conseguir su permanencia. Un grupo de civiles y militares de nota pertenecientes al Partido Federal, entre los que figuraban Tomás Iriarte, Juan Ramón Balcarce y Enrique Martínez, arribaron a Montevideo, deportados de Buenos Aires, y se esforzaron por convencer a San Martín para que se pusiera al frente de los negocios públicos, pero encontraron en él una infranqueable resistencia. Si con ellos el Libertador no se extendió en consideraciones, sí lo hizo con Guido en la carta más importante que escribió desde Montevideo, la del 3 de abril,

con la que anunciaba con minuciosa precisión lo que sobrevendría con el advenimiento de Rosas al poder.

En efecto, San Martín observaba cómo el desengaño político, provocado por los ensayos de gobiernos liberales y la inseguridad material y moral generada por la revolución había inclinado a la opinión pública hacia una solución peligrosa: una dictadura militar que eliminase a uno de los partidos en pugna a fin de restablecer el orden. Se trataba de buscar un “salvador” y se creía encontrar en él al mejor candidato.

El Libertador se opuso entonces con obstinación a desempeñar ese rol mesiánico que se le pretendía asignar, basándose en un planteo similar al que se había hecho en el Perú, veinte años atrás. Aún admitiendo, como lo hizo en los dos casos, la necesidad de un gobierno fuerte para controlar una situación caótica, le repelía la sola idea de ser él quien lo ejerciera. Y en el caso argentino existía además el agravante de que no estaba ciertamente persuadido de que esa fuera la solución; además de contradecir sus principios de siempre, relativos a la no intervención en las luchas fratricidas. Es importante reparar que él señalaba en esta carta la necesidad de utilizar la indulgencia y la tolerancia para aplacar las pasiones; mientras que lo que reclamaba el espíritu público exaltado era todo lo contrario: la revancha y la eliminación del vencido. Sabía que no se objetarían los medios que utilizase para restaurar la paz, ni se ejercerían controles sobre poder restaurador, porque *“el que se ahoga –decía San Martín– no repara en lo que agarra”*. Prefiguraba así la situación que más tarde quedaría institucionalizada con el otorgamiento al gobernante de las facultades extraordinarias y la suma del poder público.

Esta resolución de 1828 resultaba coherente con su conducta pasada. Al observar que su presencia hacía sentir inseguros y recelosos a los unitarios, mientras que alentaba en vano a los federales, volvió a sentir la exigencia interior de anonadarse.

En consecuencia, solicitó y obtuvo del gobernador Rondeau su pasaporte para Bruselas. A punto de partir, debió atender la misión encomendada por el mandatario de facto porteño a Eduardo Trolé y a Juan Andrés Gelly. El cometido de los emisarios fue confiado por el Libertador a O`Higgins, en estos términos: *“El objetivo de Lavalle era que yo me encargase del mando del ejército y provincia de Buenos Aires y transase con las demás provincias a fin de garantizar por mi parte y la de los demás gobernadores, a los autores del movimiento del 1 de diciembre”*.

Comprendiendo que los jefes decembristas buscaban parapetarse tras su figura, San Martín envió unas escuetas líneas a Lavalle rechazando su oferta, las que terminaban con una recomendación impregnada de humanitarismo que, en las circunstancias en que se encontraba su destinatario, suponía una implícita reprobación de la tan ligera como peligrosa conducta evidenciada hasta el momento: *“En la situación en que usted se halla –le decía– una sola víctima que pueda economizar a su país le serviría de un consuelo inalterable sea cual fuere el resultado de la contienda en que se halla usted empeñado”*.

Así, pues, apenas transcurridos dos meses de permanencia en el Plata, de nuevo debió cruzar el Atlántico. Contribuyó a acentuar su malhumor, la profunda herida que le causó en el brazo izquierdo el vuelco del coche que lo transportaba a Londres. Una vez repuesto, colocó a su hija en un reputado colegio de París. Al regresar a Bruselas encontró una carta de Vicente López, la que motivó nuevamente su reflexión sobre Hispanoamérica. Los gobiernos americanos –juzgaba– carecían de las dos bases de estabilidad conocidas: la observancia de las leyes (imperantes en los gobiernos representativos) o la fuerza armada (base de los regímenes absolutistas). Por eso se hallaban en revolución permanente: *“Un Washington o un Franklin –decía– que se pusiese a la cabeza de nuestros gobiernos, no tendría mejor suceso que el de los demás hombres que han mandado, es decir, desacreditarse empeorando el mal; repito, no en los hombres es donde debe esperarse el término de nuestros males; el mal está en las instituciones y sí sólo en las instituciones”*.

Tal razonamiento estaba en la base de su negativa sistemática a injerirse en la conducción política de los nuevos Estados: no era la resistencia a sacrificar su tranquilidad personal, sino la certeza de la inutilidad de ese sacrificio lo que explicaba su prescindencia.

Por entonces, San Martín estrechó la camaradería con el grupo de amigos chilenos y peruanos residentes en los Países Bajos, con los que compartió frecuentes paseos; pero Bruselas pronto dejó de ser el hogar acogedor de antaño: en agosto de 1830 se inició el proceso revolucionario belga para independizarse de Holanda. Ante la inminente llegada del ejército represor y la falta de plan y conducción del movimiento insurgente, el burgomaestre de la capital, barón de Wellens, le ofreció a San Martín –según narra una tradición familiar– el comando de las tropas, que el general rehusó por no quebrantar las reglas de la hospitalidad. El inicio de los enfrentamientos y los estragos causados por una epidemia de cólera motivaron el alejamiento definitivo del Libertador de su morada bruselense. Comenzó entonces la etapa francesa de su ostracismo.

Al establecerse en París, San Martín no lo hizo con intenciones de afincarse definitivamente. Por el contrario, la derrota de la Liga Unitaria que prenunciaba el fin de la guerra civil argentina, la finalización de los estudios de Mercedes y la prosecución de sus vicisitudes económicas le hicieron pensar, hacia 1832, que había llegado el tiempo de retornar a su patria.

Sin embargo, varios factores contribuyeron a retenerlo: uno de ellos fue el haber enfermado de cólera. Su lento restablecimiento y el temor de verse involucrado como candidato para suceder a Rosas luego de su primer gobierno, determinaron que no viajase con su hija y su flamante yerno, Mariano Balcarce, a Buenos Aires.

Por otro lado, a medida que se fueron solucionando –ya en forma definitiva– sus inconvenientes financieros, se fue dilatando su permanencia en Europa.

A importantes sumas que le llegaron desde Lima y Buenos Aires, se agregó el reencuentro con su antiguo compañero de armas Alejandro Aguado, convertido con los años en acaudalado banquero y generoso mecenas. Él le proporcionó a San Martín un sólido respaldo, no bajo la forma de una dádiva, sino más bien en modo de consejo para la realización de algunas

operaciones bursátiles. Esto le permitió adquirir su finca de campo junto al Sena en Grand Bourg –de cuyo sobrio y bello trazo da cuenta la sede de este Instituto que hoy nos acoge–, y más tarde una muy valiosa residencia en pleno centro de París.

A pesar de que su yerno había perdido su cargo de secretario del Ministerio de Relaciones Exteriores en Buenos Aires y debió regresar con Mercedes y su pequeña hija a Francia, San Martín no miró con disgusto la caída del gobernador Balcarce y en adelante se mostró conforme con la evolución política que llevó a la instauración de la dictadura rosista. Su creciente preocupación por el restablecimiento del orden en América, hizo que se fuera consolidando en él la convicción de la necesidad de un *“gobierno vigoroso”*. En carta a Guido le decía: *“Dejémonos de teorías. Los hombres no viven de ilusiones sino de hechos. Si en lugar de ser libre soy oprimido, ¡Libertad! ¡Libertad! Dele usted a un niño de dos años para que juegue un estuche de navajas de afeitar y usted me contará los resultados”*. A pesar de la proclividad al autoritarismo, el objetivo de San Martín parecía ser resguardar un mínimo de libertad real y no sacrificarla en aras de una libertad ideal tan absoluta como ilusoria. Se trataba de un pensamiento que se atenía a las pautas de la realidad, y trataba de realizar los postulados liberales en la medida de lo posible. Además, la acumulación de desengaños, la falta de información completa y la parcialidad de su corresponsal –como acertadamente advierte Ruiz Moreno– debieron contribuir a que el Libertador justificara el entronizamiento de un poder omnímodo. Tal vez haya sido entonces cuando pensó más seriamente que nunca en el regreso.

En efecto, en 1837, Mariano se había trasladado nuevamente a Buenos Aires para tentar suerte en las transacciones comerciales y estaba previendo, a nombre de su suegro, la compra de una estancia en sociedad con Goyo Gómez cuando estalló el conflicto con Francia. Esto dio ocasión a que San Martín ofreciera sus servicios a Rosas. Ratificaba así una línea de conducta mantenida durante toda su vida ya que, como militar siempre había estado presto a servir a su patria en una guerra con una nación extranjera.

El dictador consideró tal gesto como un valioso apoyo a su posición frente a las voces disidentes que se levantaban en el Litoral, pero su contestación se mostraba amablemente reticente: le decía que no era necesario que sufriera las molestias de una larga navegación por una guerra que seguramente no se verificaría, pudiendo sus servicios ser más útiles en Europa. En verdad, Rosas se había propuesto tener a San Martín de su lado, pero no a su lado, según la breve pero elocuente expresión de Galván Moreno. De inmediato, el dictador le comunicaría su nombramiento de ministro plenipotenciario ante el gobierno del Perú, que el general declinó por cuestiones de decoro.

Es por entonces cuando escribió a su amigo Goyo Gómez, prescripto en Montevideo y miembro de la Comisión Argentina, la carta en la que condenaba la política interna de persecución implantada por el gobernador de Buenos Aires. Esta postura sólo en apariencia resultaba contradictoria con sus expresiones anteriores. San Martín había logrado admitir un sistema dictatorial, sin haber sido nunca capaz de ejercerlo, como último medio de restituir la paz social, condición que juzgaba indispensable para evolucionar en el camino de la libertad. Si por eso había apoyado desembozadamente el ensayo de 1835, cuatro años después no podía seguir considerando beneficioso a un gobierno que so pretexto de restaurar el orden

provocaba reacciones en cadena y que en aras de uniformar las opiniones alimentaba la más profunda discordia.

San Martín sólo reanudaría su correspondencia con Rosas cinco años después, en razón de suscitarse un nuevo conflicto a raíz de la intervención anglofrancesa al Río de la Plata –ocasión en la que escribió dos importantes cartas que tuvieron amplia repercusión en Europa y contribuyeron a morigerar las pretensiones de las potencias agresoras–. Si aquel sintomático silencio podría interpretarse como una consecuencia lógica de su reprobación a las violentas prácticas de ese gobierno, esto nunca se extendió a lo concerniente a la conducción de las relaciones exteriores, que indudablemente el general siguió juzgando digna de elogio. Así lo demuestra de manera concluyente la cláusula tercera de su testamento ológrafo de 1844, por la cual donaba al controvertido mandatario argentino el sable que lo había acompañado en toda la guerra de la independencia.

Hacia el final de sus días, San Martín se mostraría en exceso reconocido a Rosas, por los conceptos elogiosos de su persona contenidos en los mensajes de dicho gobernador a la legislatura bonaerense. Era cierto que esos *“honores de pluma”* –según los calificó Ravignani– no fueron nunca acompañados por una medida concreta: ya que el Restaurador no reconoció su grado militar ni el sueldo de general, como sí lo habían hecho los gobiernos de Chile y Perú. Pero, de todas maneras, esas menciones insustanciales constituían el primer reconocimiento que San Martín lograba arrancar a un gobierno argentino, luego de tantos años de indiferencia, cuando no de poco disimulada hostilidad. Era pues razonable que el Libertador los sobrevalorase.

Ya en Boulogne-sur-Mer, en el norte de Francia, a donde se había retirado con su familia para no tener que sufrir las trágicas escenas que desde la revolución de febrero de 1848 se venían sucediendo en París, San Martín confesaba que *“la mayor recompensa que todo hombre público puede desear es la aprobación de su conducta por sus contemporáneos”*. Anhelado premio, ganado con su silencio, su integridad y su renunciamiento llegábale cuando se apagaba su vida. De los tres países libertados, el suyo propio era el que más le había retaceado su gratitud, ahuyentándolo de su suelo. Viene pues a cuento, para concluir, reiterar la expresión de deseos que Sarmiento pronunció, en 1880, ante el féretro del Libertador: *“Que otra generación que en pos de nosotros venga, no se reúna un día en este mismo muelle a recibir los restos de los profetas, de los salvadores que nos fueron preparados por el genio de la patria y habremos enviado al ostracismo, al desaliento y a la desesperación”*.

Instituto Nacional Sanmartiniano. ANALES DE LA ACADEMIA SANMARTINIANA. 16. pp. 67-79. Buenos Aires–República Argentina–1998

